

L A EXTREMA DERECHA EN MÉXICO (1920-1940): De la beligerancia al compromiso

*Nicolás Cárdenas García**

35

Las organizaciones de extrema derecha mexicanas, al triunfo revolucionario, definieron rasgos ideológicos y programáticos que los separaban claramente del régimen revolucionario, hasta el grado de llegar a la franca rebelión armada. Sin embargo, una vez derrotadas, sus herederos parecen llegar a una especie de compromiso con el sistema, no obstante su retórica extremista. Ello puede explicarse tanto por sus debilidades internas, como por la amplitud del discurso ideológico de la revolución. En todo caso, cumplieron un papel distinto al de la derecha liberal que actuaba dentro del sistema, pues funcionaron como un contrapeso al posible crecimiento de organizaciones obreras independientes o "rojas", así como al discurso reformista radical de algunos gobernantes. A fin de cuentas, tanto su origen como su desarrollo dependieron siempre de las oscilaciones revolucionarias, con lo que tuvieron poco margen para crecer y sobrevivir como una opción política poderosa.

The extreme right in Mexico (1920-1940): from belligerency to compromise

The organizations of the Mexican extreme right, upon the triumph of the Revolution, demonstrated ideological and programmatic characteristics which separated them clearly from the revolutionary regime to the point of open, armed rebellion. Nevertheless, once defeated, their heir seem to have arrived at a sort of compromise with the system, in spite of their extremist rhetoric. This can be explained by the internal weaknesses of such organizations, on the one hand, and by the breath of the ideological discourse of the

* Profesor-investigador del Departamento de Política y Cultura de la DCSH, UAM-X.

Revolution on the other. In any case, they fulfilled a distinct role from that of the liberal right which acted within the system; that is, they functioned as a counterweight to the possible growth of independent or "red" worker organizations, as well as to the radical reformist discourse of some governing authorities. Finally, both their origin and their development always depended on fluctuations within the revolutionary regimes, so that they had little margin to grow and survive as a powerful political alternative.

L'extrême droite au Mexique (1920-1940): de la belligérance à l'engagement

A l'époque du triomphe de la Révolution, les organisations d'extrême droite se caractérisent, au Mexique, par une idéologie et un programme incompatibles avec le régime révolutionnaire, et ils s'engagent dans la lutte armée. Une fois militairement vaincus, ces mouvements d'extrême droite semblent peu à peu chercher à négocier avec le système, malgré un discours extrémiste. Ceci peut s'expliquer tant par les faiblesses internes du mouvement que par l'ampleur du discours idéologique de la Révolution. Les organisations d'extrême droite ont joué un rôle différent de celui de la droite libérale intégrée au système, puisqu'elles ont limité la croissance d'organisations indépendantes ou "rouges", et fait le contrepoids au discours réformiste radical de certains membres du gouvernement. En somme, l'origine et le développement de l'extrême droite a toujours été tributaire des oscillations révolutionnaires, ce qui leur laissait peu de marge pour grandir et survivre en tant qu'option politique de poids.

36

Una revisión, por somera que sea, de las organizaciones de extrema derecha mexicanas en el período de entreguerras, debe partir de dos grandes dificultades. La primera tiene que ver con la definición misma de lo que puede ser incluido en esa categoría, en un México que ha pasado por una conmoción social tan profunda como la revolución mexicana. Ésta llevó al poder a una generación de clasemedieros provincianos que de inmediato se dieron a la tarea de reestructurar el Estado —centralizándolo—, recomponer las relaciones sociales y promover el desarrollo económico. Ahora, si es cierto que estos gobernantes revolucionarios, como muchos autores revisionistas han enfatizado, no echaron por la borda su pasado y más bien lo usaron para reconstruir sobre él, es verdad también que se diferenciaron en aspectos importantes de sus predecesores. Según el primer aspecto habría que anotar necesariamente la continuidad económica con el modelo de crecimiento porfirista, así como la conservación de los dos grandes pilares ideológicos construidos en el siglo XIX: el liberalismo y el nacionalismo. La diversidad de intereses y objetivos en el mismo grupo de triunfadores hizo que, aun cuando compartieran una matriz liberal común, tuvieran diferencias serias en cuanto a su aplicación. La versión decimonónica con un matiz presidencialista de Carranza, por supuesto, tuvo que compaginarse con una versión jacobina sonoreense que al mismo tiempo era pragmática desarrollista. Probablemente la única perdedora fue la versión democrática de Madero, que hasta la fecha ha sido relegada a un plano secundario. Ese liberalismo, por lo demás, tuvo que aceptar y dar carta de naturalización a la otra gran peculiaridad de la historia mexicana: el peso de la movilización campesina. De ahí el reformismo social —si bien selectivo— que fue característico del nuevo Estado mexicano.¹

¹ Ver Stephen Haber, *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México, 1890-1940*, México, Alianza Editorial, 1992; y Alan Knight, "The peculiarities of

Según Knight, sobre estas líneas de continuidad, mediante la reforma agraria, la destrucción del viejo ejército federal y la exclusión de la Iglesia de la actividad política, adquirió este Estado una notable y durable legitimidad. Los rasgos centrales de la misma habrían sido la resolución del problema de la sucesión política y la circulación de la élites (una solución autoritaria, por cierto), la construcción de una base de masas (que hacían a ese autoritarismo "inclusivo"), y la validación de la ideología de la revolución:

La revolución, así, representaba la tercera gran movilización colectiva del pueblo mexicano, una experiencia que, especialmente por la manera en que fue suavizada con el tiempo y dorada por la retórica, reforzó sentimientos de solidaridad y nacionalismo. El hecho de que la movilización revolucionaria desde los diez hasta los treinta estuviera asociada con profundas divisiones nacionales —étnicas, ideológicas, regionales, faccionales y clasistas— fue progresivamente desvirtuada. La revolución reificada difuminó tales divisiones, restó importancia a la lucha de aniquilación mutua entre los líderes revolucionarios, e incluso se apropió de los símbolos católicos en la manufactura de una religión pública. Secular y anticlerical, el régimen revolucionario no descartó el capital patriótico del pasado justamente porque traía consigo connotaciones católicas.²

Estos rasgos del Estado y el liderazgo posrevolucionarios son importantes para nuestro propósito por dos razones. La primera es que, notablemente, los ritmos de actividad de la extrema derecha están íntimamente asociados (dependen de) al ritmo y oscilaciones de la obra revolucionaria. Si al fin de la lucha armada se expresó en protestas más o menos pacíficas respecto del contenido anticlerical de la nueva constitución, como la carta de los obispos de 1917, la actividad de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) y la Confederación Nacional Católica del Trabajo (CNCT), para mediados de los veinte, frente a un Calles más militante, aparecieron organizaciones radicales y agresivas, como la Liga Nacional de la Defensa de la Libertad de Religión y La Unión Popular, y estalló un conflicto armado que se prolongaría por tres años, aunque confinado a algunos estados del centro y el Bajío. Después, con los arreglos de paz hubo una ligera mejoría en las relaciones Iglesia-Estado, pero ambos actores sabían que no había aún una definición definitiva de su disputa. Los católicos más recalcitrantes se preparaban mediante las Legiones y la Base para proseguir su lucha, y Calles y compañía preparaban otra ofensiva, que se inició con el *grito* de Guadalajara en 1932, esta vez para conquistar las conciencias de la niñez; la educación socialista y un verdadero ejército de maestros rurales serían los instrumentos de esta nueva ofensiva.

Con Lázaro Cárdenas, por supuesto, el reformismo revolucionario alcanzó su nivel más alto, pero también fue el período de auge de la derecha radical. La vertiente católica cristalizó en la Unión Nacional Sinarquista, la vertiente nacionalista en los Comités Pro-Raza, y la vertiente anticomunista en la Acción Revolucionaria Mexicanista y la Confederación de la Clase Media. Sin embargo, los dos últimos años del gobierno

Mexican History: Mexico compared to Latin America, 1821-1992", en *Journal of Latin American Studies*, Sppl., 1992, pp. 128-130.

² Knight, "The peculiarities of Mexican History...", *op. cit.* p. 140.

cardenista son años de conciliación, los que anuncian ya la era de la 'unidad nacional', con Ávila Camacho. Aunque algunas organizaciones apuestan por la candidatura de Almazán, la UNS, significativamente, pacta con el candidato oficial. Los años dorados de la UNS están destinados a acabar una vez que el giro a la derecha gubernamental se concretó. El freno a la reforma agraria (en particular al ejido colectivo), a la política anticlerical, la reforma al artículo tercero, y la contención al radicalismo obrero, son sus signos más evidentes, y vuelven innecesaria la existencia de estas organizaciones. En cierto modo, el Estado, igual que a la izquierda, las ha despojado de sus banderas.³

En este marco ideológico y dado el fortalecimiento estatal, los movimientos extremistas fueron estrictamente una respuesta, una reacción contra la revolución, y tuvieron un escaso margen para construir una ideología alternativa frente a la amplitud de la ideología de la revolución mexicana. Si ésta podía incluir demandas surgidas de personajes situados a la "izquierda", es decir de los Flores Magón, Zapata, e incluso del Partido Comunista, también podía dar un espacio a los católicos, a los nacionalistas xenófobos y a los anticomunistas. Claro que esto no ocurrió de la noche a la mañana, pero en la medida que se trató de un proceso exitoso, es una de las razones que explican su durabilidad y su fuerza.

Esto nos indica que la definición de extrema derecha, aparte de las cuestiones ideológicas, tiene otro componente: su ubicación respecto del nuevo sistema político. Son de extrema derecha en tanto se trata de movimientos antisistémicos, que operan fuera de los límites programáticos del nuevo régimen. Así como la oposición roja de los años veinte —sobre todo la Confederación General de Trabajadores (CGT)— no puede ser incorporada a la base de masas del nuevo Estado, así tampoco pueden serlo los cristeros; ambos son obstáculos que deben despejarse del terreno político. Igual que los cacicazgos tradicionales disputan el poder al ejecutivo federal, también las ambiciones de poder de la LNDLR, de las Legiones o de una fracción de la UNS representan un peligro real para la estabilidad política.⁴ Esto es importante para distinguirlos de otra oposición de derecha que, actuando en el estrecho margen de la legalidad revolucionaria, trataba de oponerse al régimen al amparo de un liberalismo más o menos tradicional, que reclamaba el respeto a la democracia formal, a la propiedad y una menor parcialidad del Estado. Ejemplos de ello serían

³ Ver Nora Hamilton, *México: los límites de la autonomía del Estado*, México, Era, 1983, pp. 222 y ss; Leonor Ludlow, "Estado e Iglesia en el régimen cardenista: definición de la convivencia", en *Estudios Políticos*, Nueva Época, vol. 6, enero-junio 1987, pp. 40-52; Albert L. Michaels, "The modification of the anticlericalism nationalism of the Mexican revolution by general Lázaro Cárdenas and its relationship to the Church-State detente in Mexico", en *The Americas*, vol. xxvi, julio 1969, pp. 35-53; y Jean Meyer, *La cristiada. 1 La guerra de los cristeros*, México, Siglo Veintiuno editores, 1973, pp. 362-365. Meyer, además de enfatizar el papel que juega el nuevo arzobispo de México, Luis María Martínez, amigo personal de Cárdenas, también muestra el cambio de táctica del presidente: "Cansado de cerrar iglesias para volverlas a encontrar siempre llenas, decidió devolvérselas al pueblo, a reserva de abrir escuelas para educar al pueblo en la razón" (p. 365).

⁴ Usamos la noción de movimiento antisistémico en el sentido que lo hace Immanuel Wallerstein; pueden verse, por ejemplo, sus textos: "La crisis como transición", en Samir Amin, et al., *Dinámica de la crisis global*, México, Siglo Veintiuno editores, 1983, pp. 14-60; y "Crises: The World-Economy, the Movements, and the Ideologies", en *Unthinking Social Science. The Limits of Nineteenth-Century Paradigms*, Cambridge, Polity Press, 1991, pp. 23-37.

desde algunos partidos a principios de los veinte (el Partido Cooperatista Nacional, el Partido Liberal Constitucionalista) hasta la cruzada vasconcelista de 1929, el Partido Acción Nacional y buena parte de los contingentes almazanistas en 1939-1940. Esta derecha conservaba un punto de contacto con la ideología revolucionaria en tanto apelaba a la misma matriz liberal para oponerse al nuevo régimen. La extrema derecha, en cambio, abandona ese lenguaje común, para caer de lleno en rasgos racistas, fascistas, totalitarios y anticomunistas. La repetida acusación a Calles de dictador bolchevique es sintomática de esa diferencia.⁵

Las organizaciones católicas y la rebelión cristera

El primer, y más importante grupo de organizaciones, como hemos dicho, tuvo un cariz religioso. La disputa entre la Iglesia y el Estado no era nueva en México, por supuesto, pero el advenimiento de los liberales jacobinos al poder después de la revolución significó el fin de una tregua porfirista en la que la influencia de la Iglesia era aún muy importante. La Constitución de 1917 establecía la supremacía del poder civil sobre el clero, no otorgaba personalidad jurídica a la Iglesia, sus propiedades pasaban a poder de la nación, no se permitirían corporaciones monásticas. Además, los gobiernos estatales tendrían la facultad de limitar el número de sacerdotes en cada entidad. Peor aún, se les dejaba fuera de un campo que hasta entonces había sido clave en su actuación: el educativo.⁶

La respuesta ante estas disposiciones no tardó en producirse. El 24 de febrero de 1917 los obispos mexicanos señalaban que estas disposiciones elevaban “a estado la persecución religiosa sancionándola definitivamente”. Contra una Constitución elaborada por un solo grupo político y sin respetarse las disposiciones de la de 1857 para su reforma, protestaban “enérgica y decorosamente”, aunque conforme a las doctrinas papales, y por patriotismo “nos hallamos muy lejos de aprobar la rebelión armada contra la autoridad constituida, sin que esta sumisión pasiva a cualquier gobierno signifique aprobación o aceptación intelectual y voluntaria a las leyes antirreligiosas o de otro modo injustas que de él emanaren, y sin que por ella se pretenda que los católicos, nuestros fieles, deban privarse del derecho que les asiste como ciudadanos, para trabajar legal y pacíficamente por borrar de las leyes patrias cuanto lastime su conciencia y su derecho”.⁷

A partir de este documento, que representaba la opinión de la mayor parte (moderada) de la jerarquía católica, se desarrollaron dos posiciones. La primera fue de aquel sector que, siguiendo las orientaciones de la encíclica *Rerum Novarum*, trató de orientar la acción de la Iglesia al terreno de ‘lo social’. Para ese efecto se formó el Secretariado Social Mexicano

⁵ Ver, Nicolás Cárdenas, *La reconstrucción del Estado mexicano. Los años sonorenses (1920-1935)*, México, UAM-Xochimilco, 1992; John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo Veintiuno editores, 1982; y Manuel Rodríguez Lapuente, “El sinarquismo y Acción Nacional: las afinidades conflictivas”, en *Foro Internacional*, vol. xxix, enero-marzo 1989, pp. 440-458.

⁶ Ver, “Protesta que hacen los prelados mexicanos que suscriben, con ocasión de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos publicada el 5 de febrero de 1917”, en Gastón García Cantú (comp.), *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental 1810-1962*, México, Empresas Editoriales, 1965, pp. 853-867.

⁷ *Ibid.*, p. 854.

y, aprovechando la existencia del Centro de Obreros Católicos en Guadalajara, promovieron la constitución de la Confederación Católica del Trabajo, cuyo congreso constitutivo se realizó a fines de abril de 1922. En él se aprobó un programa que hacía énfasis en la colaboración de clases, en el respeto a la religión, la patria, la familia, la propiedad, las autoridades eclesiásticas y las "legítimas" civiles, así como la abstención política. Además, aunque se reconocía el derecho de huelga, debía usarse sólo en casos extremos, cuando el motivo fuera justo, grave, se tuviera seguridad de éxito y se hubieran agotado todos los medios pacíficos. En fin, tal y como señalaban sus organizadores, se trataba de hacer frente, eficazmente, a "las influencias de la impiedad, los avances del socialismo y del protestantismo".⁸

La Confederación Nacional Católica del Trabajo (CNCT) en realidad no era una organización obrera, sino interprofesional, que incluía sindicatos de clase media, comerciantes y patrones en pequeño; tuvo su centro de acción en Jalisco aunque alcanzó alguna relevancia en Guanajuato y Zacatecas. Para 1926, según Ceballos, contaba con alrededor de 20 000 afiliados, pero el estallido del conflicto truncó su existencia, y puso a sus militantes al servicio de la rebelión cristera.⁹ Esta línea de continuidad debe subrayarse, puesto que tanto la Acción Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) como militantes de la CNCT nutrieron a la Liga Nacional Defensora de la Libertades Religiosas (LNDLR), a la Unión Popular de Anacleto González Flores y a la "U", quienes fueron clave en la coordinación y apoyo urbano en el conflicto armado. Por lo demás, aquí nos importa destacar que en sus años de vida, sobre todo en Jalisco, la CNCT, en efecto, se enfrentó decididamente al avance del sindicalismo 'rojo'. En Río Grande, en la zona minera, y en la propia ciudad de Guadalajara menudearon los encuentros violentos, las disputas por el control de los centros de trabajo e incluso se llegó al asesinato. Tanto *rojos* como *blancos* recurrían a la violencia, si bien es verdad que los católicos contaban con el respaldo abierto de los empresarios. Por lo demás, aunque es difícil clasificar a la CNCT como un sindicato fascista, no cabe duda que algunos de sus dirigentes o asesores, como René Capistrán Garza, sentían gran admiración por la obra de Mussolini.¹⁰

Esta línea de trabajo social 'pacífico' se rompió en 1926. La presión del presidente Plutarco E. Calles hacia la Iglesia alcanzó un punto álgido con la reglamentación del artículo 130 constitucional, y la obligación de los sacerdotes de registrarse ante Gobernación, así como la limitación en el

⁸ Jaime Tamayo, "Intransigencia ideológica y colaboración de clases. El sindicalismo católico", en *Estudios Políticos*, Nueva Época, vol. 6, enero-junio 1987, p. 8; Manuel Ceballos Ramírez, "El sindicalismo católico en México, 1919-1931", en *Historia Mexicana*, vol. xxxv, abril-junio 1986, pp. 627 y ss; y para la lucha entre moderados e intransigentes dentro de la Iglesia, del segundo, "*Rerum Novarum* en México: cuarenta años entre la conciliación y la intransigencia (1891-1931)", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. xlix, julio-septiembre 1987, pp. 151-170.

⁹ Ver en Ceballos, "El sindicalismo católico en México...", gráfica de la p. 656. En ese trabajo también enfatiza las tensiones generadas por su dependencia frente a las autoridades eclesiásticas y por el reconocimiento de las diferencias *reales* de intereses entre patrones y obreros. (pp. 660-665).

¹⁰ Ver Tamayo, *op. cit.*, pp. 7-8; Jorge Durand, *Los obreros de Río Grande*, Zamora, México, El Colegio de Michoacán, 1986, pp. 107 y ss; y Nicolás Cárdenas, *Una experiencia obrera radical. Los mineros de Jalisco (1920-1930)*, México, UAM-Xochimilco, 1993, pp. 97 y ss.

número de sacerdotes por entidad. La jerarquía, como respuesta, declaró la suspensión de cultos (31 de julio de 1926) y la LNDR y la Unión Popular llamaron al levantamiento en armas. En todo caso, se trató de una multitud de pequeños levantamientos armados que abarcaron el occidente, el bajío, el centro y parte del sur del país, muchas veces sin mayor coordinación, aun cuando se consideraran parte del Ejército Libertador. Sobre este episodio existe una vasta literatura, aunque dispareja; ella arroja hasta ahora el siguiente panorama.¹¹

La rebelión tuvo tres componentes principales. En primer lugar, aunque nunca de manera abierta, la jerarquía eclesiástica mexicana y el propio Vaticano la alentaron, al menos en un primer momento. Para ellos se trataba de defender el espacio que el Estado trataba de arrebatarles, sobre todo como 'poder moral', amén de la propiedad de los templos y la libertad de creencias y educación. Aunque eso fue cierto, pronto parecen haberse dado cuenta de su error, y como Institución, la Iglesia católica se deslindó del movimiento y la mayor parte de sus obispos prohibieron a los fieles participar o colaborar con los alzados. Más aún, con el paso del tiempo se fortaleció la posición de los moderados, que deseaban llegar a un arreglo con el Estado, y así preservar al menos una parte de su presencia en la sociedad mexicana. Los obispos Pascual Díaz y Leopoldo Ruiz y Flores se convirtieron en los principales portavoces de tal tendencia y terminaron por negociar el *modus vivendi*. En todo caso, la línea romana, realista y prudente, se impuso, aunque ello significara el sacrificio de los esforzados guerrilleros de la Guardia Nacional.¹²

Roma quería —escribe Meyer—, pues, la paz, y creía en la posibilidad de ganar, a largo plazo, haciendo concesiones a plazo breve. Toda la política vaticana de Pío XI, por esa época, iba en ese sentido y se fundaba sobre una experiencia secular de conflicto con el estado moderno. Si se preservaba el mínimo vital —lo que Portes Gil llamaba 'la identidad de la Iglesia'—, el papado estaba dispuesto a hacer muy grandes concesiones, y éste es el motivo de que aceptara un *modus vivendi* incomprensible para los católicos mexicanos, que no tenían una visión relativista, que vivían a la hora nacional, diferente de la de Roma, y sufrían en su carne una opresión sacrílega.¹³

Es cierto que algunos pocos prelados participaron como jefes o combatientes, y que otros más como el obispo de Guadalajara, Orozco y Jiménez, no abandonaron a los fieles y vivieron la guerra en las montañas, pero esta ala radical de la Iglesia perdió en el conflicto; en adelante ya no

¹¹ Ver los textos mencionados en la nota 9 de la primera parte y el número 13 de *Estudios Jaliscienses* (Guadalajara, El Colegio de Jalisco, agosto de 1993), dedicado íntegramente a la Cristiada.

¹² Ver Pierre Luc Abramson, "La cristiada: historia y hagiografía", en *Nexus*, vol. 2, septiembre 1979, pp. 29-36. David C. Bailey, *¡Viva Cristo Rey! The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico*, Austin, University of Texas Press, 1974, cap. 7; Meyer, *La cristiada. I...*, pp. 13 y ss., y 323 y ss.; y Servando Ortoll, "Faccionarismo episcopal en México y revolución cristera", en Martín de la Rosa y Charles A. Reilly (coords.), *Religión y política en México*, México, Siglo Veintiuno editores, 1985, pp. 27-41.

¹³ Jean Meyer, *La cristiada. 2 El conflicto entre la Iglesia y el Estado 1926-1929*, México, Siglo Veintiuno editores, 6a. ed., corregida, 1980, p. 376.

alentarían este tipo de rebelión, e incluso frenarían la segunda cristiada (1932-1934).¹⁴

El segundo componente de la rebelión es más interesante para nuestro propósito. Es el que tiene en su eje a la LNDLR, una organización cuyos jefes eran clasemedieros urbanos que formaban parte de la misma base social callista-revolucionaria.

Entre los ligueros y los revolucionarios la diferencia no es social, sino ideológica —señala Meyer—; hasta tal punto es cierto que las convicciones ideológicas son siempre más fuertes en estos grupos de ambigüedad fundamental. Se encuentran en los dos campos políticos, periodistas, mujeres ambiciosas, intelectuales, 'burgueses', militares. Entre los revolucionarios se encuentran pastores protestantes y masones, entre los ligueros, sacerdotes y Caballeros de Colón. Todos han nacido y viven en las ciudades. Cultural y socialmente, los ligueros son los primos hermanos, los hermanos enemigos de los revolucionarios, y se encuentran en un mundo que no tiene nada que ver con el de los cristeros o de los zapatistas.¹⁵

La ideología de la Liga, por lo demás, presenta algunos de los rasgos persistentes de la derecha radical en el período. En primer lugar reivindicaba, en contraposición al panteón heroico liberal oficial, a Iturbide, Lucas Alamán, Miramón y Mejía. Sus enemigos eran los liberales, la masonería, y los protestantes yanquis. Así como se declaraban ardientes nacionalistas, eran furibundos antimperialistas y convencidos hispanistas. En fin, representan al 'bien' en la batalla contra el 'mal', deseaban acabar con "la mentira democrática, socialista". Meyer insiste en que esa simpatía por el fascismo italiano es moderna, aunque sus nostalgias aristocráticas aparezcan al lado. A la vez propugna por la pequeña propiedad agraria, por la liberación de los obreros del yugo de sus líderes, y también defiende la participación política de la mujer —gran parte de su base. En suma: "Integristas, ultramontanos, nacionalistas, hispanistas, estos cristianos profundamente marcados por la *Rerum Novarum*, ... soñaban con una sociedad justa, católica jerárquica y corporativista".¹⁶

En el terreno militar, la Liga se mostró ineficiente; sus disputas internas, la intriga y la falta de talento diplomático privaron a la rebelión de una dirección real unificada y de recursos para una desgastante guerra de guerrillas. Ciertamente hay en ellos, como comprueba Meyer con desen-

¹⁴ Meyer escribe en *La cristiada. I... op. cit.*, p. 367, con evidente amargura que: "Si la primera etapa (1926-29) de la cristiada era ya una guerra de pobres, la segunda fue una guerra de miserables, sin medios, sin ayudas, contra una Iglesia inquebrantable, contra un ejército mucho más eficaz, que concentraba la mitad de sus efectivos en una región y hacía en ella una operación de limpieza durante meses enteros".

¹⁵ *Ibid.*, p. 53. Confróntese con el retrato que de los jefes revolucionarios nos entregan: Peter Smith, *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971*, México, El Colegio de México, 1981, pp. 119-120; Héctor Aguilar Camín, "Los jefes sonorenses de la Revolución Mexicana", en D. A. Brading (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1985, pp. 125-160, y Alan Knight, *The Mexican Revolution. Vol 2 Counter-revolution and Reconstruction*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986, pp. 215 y ss.

¹⁶ Pablo Serrano Álvarez, *La batalla del espíritu. El movimiento sinarquista en el Bajío (1932-1951)*, tomo I, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, pp. 56-59; y Meyer, *La cristiada. I... op. cit.*, p. 68.

canto, voluntarismo y desprecio por las masas, así como el recurso autoritario a la fuerza. Este fue su legado hacia las organizaciones que surgieron de sus rescoldos: las Legiones, la Base y la UNS.¹⁷

El tercer componente es tal vez el más polémico: la rebelión campesina que rescata con tonos de epopeya Meyer, insistiendo en su separación de los dos anteriores. Según esta perspectiva, los aproximadamente 40 mil combatientes habrían sido tal vez el movimiento de masas más importante de la revolución mexicana, comparable sólo al zapatismo por su raigambre campesina.

Del radicalismo campesino —concluye Meyer— los cristeros comparten los aspectos tradicionales (tradición=transmisión) y la mirada vuelta al pasado; no puede ponerse en duda su independencia, e incluso si pudieron ser glorificados después (muy relativamente) por los reaccionarios, jamás constituyeron su creación. La desconfianza, el odio, la condescendencia de los marxistas respecto a ellos podría ser tres veces ideológica: porque pertenecen al arsenal ideológico de la derecha, porque son católicos, porque fueron capaces de obrar por propia iniciativa. Se habla a menudo de la pasividad de las masas rurales; ahora bien, los cristeros fueron capaces, con todas las limitaciones que esto entraña, de llevar adelante un movimiento sin mandos exteriores, de imaginar un programa político racional y positivo, de animar una solidaridad fundamental en el seno del pueblo. Este pueblo quería que su suerte cambiara, pero con un cambio que se parecía poco a aquél en el que soñaba para él 'la vanguardia', que imponía, *manu militari*, su revolución.¹⁸

Ciertamente, el impresionante trabajo de Meyer parece apoyar esta conclusión, pero tanto por el tipo de fuentes, como por la técnica de selección de las entrevistas (y la propia posición del autor) resulta una historia parcial, sesgada. De ella emerge, por ejemplo, un Jalisco completamente dominado por los cristeros, aunque es algo difícil de creer y que merecería estudios de caso, así como la utilización de los archivos municipales ahora ya abiertos. Más aún, incluso en su propia versión no parece que estén del todo separados los tres componentes de la rebelión; en todo caso, es claro que el primero es el dominante, y que la ideología y algunos de los jefes principales los pone la Liga. Los mandos exteriores sí parecen haber existido, y de hecho, cuando el exterior negocia, la rebelión concluye. La visión romántica de Meyer es profundamente comprensiva del campesinado, e ilustra bien cómo los resentimientos generados por la reforma agraria y el nuevo cacicazgo revolucionario no eran bien vistos por una parte importante de la población campesina, pero es un exceso afirmar que en todo caso el gobierno de Calles "no respondía a la definición de una revolución". Como ha discutido Knight, es difícil que alguna responda a esa definición, como difícil sería identificar en el otro bando los intereses de la masa campesina combatiente con los de los sonorenses triunfadores. Pero ellos dirigieron el conflicto y después se transformaron en los constructores del Estado. Difícilmente hubiera

¹⁷ Meyer, *La cristiada. I... op. cit.*, pp. 62-63.

¹⁸ *Ibid.*, p. 386.

pasado algo distinto con los cristeros, cuya parte consciente, a fin de cuentas, se sintió burlada y utilizada al conocer los arreglos de paz.¹⁹

En lo que sí tiene razón Meyer es en subrayar el peso del México viejo en este conflicto; en oponer la tradición a la modernización revolucionaria, porque esta oposición va a renacer con la Unión Nacional Sinarquista e incluso persiste en nuestros días. En ese sentido tal vez sí pueda hablarse de un parecido entre el zapatismo y el movimiento cristero, pero distinguiendo bien que el sentido de su desarrollo, condicionado por el tipo de enemigos y por las raíces sociales, marchan en sentido distinto. Los cristeros, en efecto, fueron contrarrevolucionarios y alimentarían en adelante la ideología y la tradición del pensamiento radical de derecha.²⁰

Los arreglos, como es sabido, no significaron el fin del conflicto entre la Iglesia y el Estado. Dentro de éste siguió dominando la escena, al menos hasta 1934, una actitud anticlerical que confiaba en la legalidad y fuerza del Estado para imponerse sobre el clero. Un momento clave de esta actitud fue "el grito de Guadalajara", en el que Calles reclamaba la necesidad de ganar las conciencias de los niños y los jóvenes "porque son y deben pertenecer a la revolución". En efecto, a partir de ahí se comenzó a perfilar una ofensiva escolar, que pronto decanta en la educación socialista. Esta es, en el gobierno cardenista, una verdadera cruzada ideológica, que se propone desfanatizar, pero también organizar y fortalecer la base de masas del régimen.²¹

La Unión Nacional Sinarquista

Esta nueva ofensiva estatal concitó una respuesta importante de los sectores eclesiásticos recalcitrantes, quienes no sólo veían con recelo las nuevas acciones gubernamentales, sino también la persecución soterrada que se hacía de antiguos jefes rebeldes cristeros. En Guadalajara, un ex miembro de la LNDLR y ex cristero, Manuel Romo de Alba, aprovechando a frustrados miembros de la Liga, de las guerrillas derrotadas, clasemedieros católicos, miembros de la ACJM y algunos párrocos locales, comenzó a estructurar una organización secreta: las Legiones. Romo parecía inspirado directamente de las experiencias fascista y nazi, y se proponía lograr la conquista del poder mediante tácticas típicamente golpistas, alzando "las miras de los fusiles", para evitar el derramamiento de sangre de la experiencia cristera.²²

¹⁹ *Ibid.*, p. 385. Ver Abramson, *op. cit.*, quien ofrece una perspectiva crítica y, Enrique Krauze, "La cara oscura de la revolución", en *Caras de la historia*, México, Joaquín Mortiz, 1983, pp. 52-59, para una lectura aprobatoria de Meyer. Sobre la discusión respecto al carácter de la revolución mexicana, ver Alan Knight, "La revolución mexicana: ¿burguesa, nacionalista, o simplemente una 'gran rebelión'?", en *Cuadernos Políticos*, núm. 48, octubre-diciembre 1986, pp. 5-32.

²⁰ Una sugerente discusión de la persistencia de la separación entre pueblo moderno y sociedad tradicional en, François-Xavier Guerra, *México. Del Antiguo Régimen a la Revolución*, tomo I, México, FCE, 1988, pp. 182 y ss. Ver también el trabajo clásico de John Womack, *Zapata y la revolución mexicana*, México, Siglo Veintiuno editores, 1970; y Rodríguez Lapuente, *op. cit.*

²¹ Serrano, *op. cit.*, tomo I, p. 116; y David Raby, "Ideología y construcción del Estado: la función política de la educación rural en México, 1921-1935", en *Revista Mexicana de Sociología*, año LI, abril-junio 1989, pp. 318-319.

²² Serrano, *op. cit.*, tomo I, pp. 124-128; y Servando Ortoll, "Algunas reflexiones históricas a raíz de la publicación del libro de Manuel Romo de Alba *El gobernador de las estrellas*", en *Encuentro*, vol. 3, núm. 3, abril-junio 1986, pp. 63-68.

Una organización con esos objetivos y esa táctica, tendría que tener necesariamente una estructura cuasi-militar y autoritaria. Se trataba, según su fundador, de:

Una unión tan estrecha, tan perfecta, tan uniforme y disciplinada, que pudiera actuar a una sola voz de mando, sin que nadie tuviera que hacer sacrificios ni correr riesgos mayores, que contara con todo género de actividades y que pudiera estar presente en todas partes y a todas horas sin ser advertida de nadie, porque una de sus bases fundamentales sería el sigilo, llevado hasta los más escrupulosos extremos. Un numeroso y bien disciplinado ejército en el cual los afiliados solamente conocerían a su jefe inmediato, sin conocerse entre sí, al cual deberían jurar obediencia ciega en todo lo [sic] que no fuera contrario a la moral y al dogma, y regido por una disciplina férrea que hiciera funcionar con toda precisión al conjunto entero, si era necesario, o a una parte nada más.

Una sociedad en la cual nada hubiera escrito, ni siquiera los nombres de los asociados, que recibirían al ingresar, a cambio de sus nombres propios, un número que indicaría el que les correspondiera dentro del gran conglomerado y que fuera inconfundible y diferente de cualquier otro ... La estructura de la Organización se basaría en el mismo sistema decimal, teniendo cada diez jefes subalternos a sus órdenes, cada uno de los cuales, separadamente, reclutaría otros diez elementos, repitiéndose esta operación una vez más e integrándose de esa manera una unidad. El territorio nacional estaría formado por diez divisiones, compuestas por decenas de esas unidades y cuyos jefes integrarían el Alto Mando.²³

En el terreno programático las Legiones no eran muy originales; proponían un método indirecto de elección de gobernantes, basado en ayuntamientos libres electos en plebiscitos corporativos. A su vez, estos ayuntamientos elegirían a diputados, gobernadores y al presidente. También se proponían conceder el voto a la mujer, volver propietarios a los ejidatarios y proteger a obreros y empleados con una avanzada legislación.²⁴

Las Legiones, aunque originalmente habían recibido la aprobación del combativo obispo Orozco y Jiménez y, como todas estas organizaciones, tenían 'consejeros' eclesiásticos, pronto generaron temores en el clero más moderado. Sus propósitos golpistas, y su atractivo —según Ortoll en seis meses logró reunir a 20 000 afiliados en Guadalajara y empezó a extenderse a otras entidades— popular, estorbaban la línea de negociación y acuerdo con el gobierno, esbozada, como hemos visto, desde 1917, pero fortalecida por el fracaso cristero. El rechazo llevó a Romo a buscar una nueva sede en la ciudad de México, pero ahí se encontró con una sofisticada conjura jesuita de infiltración de su alto mando, encabezada por Antonio Santacruz y Eduardo Iglesias. Después de dos años de crecimiento continuo y de alistar sus filas para una eventual acción paramilitar, en 1934 pasó a control jesuita, lo que llevó a una reestructuración, pero sobre todo a reorientar el movimiento "hacia las directrices pasivas de la jerarquía moderada".²⁵

²³ Citado en Serrano, *op. cit.*, tomo I, pp. 125-126.

²⁴ *Ibid.*, p. 127.

²⁵ *Ibid.*, p. 130; y Servando Ortoll, "La oposición de los católicos radicales", en José María Murá (coord.), *Historia de Jalisco*, tomo IV, Guadalajara, Gobierno del

La nueva organización, todavía secreta, se conoció como la Base u OCA (Organización, Cooperación, Acción), y se estableció sobre los cimientos organizativos heredados de las Legiones, aunque su fundador, inconforme con el nuevo rumbo, se separó, cediendo su lugar como jefe supremo a Julián Malo Juvera, un rico hacendado porfirista de Querétaro.

Las Legiones —escribe Serrano— se depuraron de los miembros más extremistas y radicales, que veían en la violencia el principal medio para alcanzar el poder. Según la nueva estrategia diseñada, los militantes tendrían que dedicarse a la labor cívico social y piadosa, en tanto no se creara un nuevo organismo que actuara públicamente. La organización por rama ocupacional y profesional permitiría el reclutamiento en todos los sectores sociales del país, orientando también sus acciones al logro de las demandas insatisfechas que esos sectores tenían.²⁶

46

La Base tuvo nominalmente once secciones, porque la 3 y 4 no existieron y de la 7 a la 10 no se sabe su denominación; las restantes fueron de patronos (1), de obreros (2), enlace de comunicación e información (5), propaganda (6), y la cívica (11). Estas secciones se integraban en divisiones —a veces coincidiendo con los estados, y otras por la importancia de una cierta región—, y los jefes de éstas componían el consejo supremo del alto mando, con 10 consejeros asesores. Ese consejo elegía al jefe supremo cada año en un cónclave secreto. Los militantes no intervenían en este proceso ni conocían a los integrantes del mando; tampoco existía el riesgo de perder el archivo de la organización puesto que los acuerdos eran verbales. De hecho, el misterio, la mística, y la clandestinidad continuaron como características clave de su acción y le dieron buenos dividendos. Además, la inercia de la “acción directa” del período anterior todavía se conservó entre 1934 y 1935 en sus ataques contra la educación socialista, el comunismo, la masonería y el anticlericalismo gubernamental, sobre todo en Guadalajara.²⁷

La Base, con el respaldo económico de sus miembros pudientes y de la burguesía local clerical del bajío, por ejemplo, tuvo un crecimiento acelerado. Tal vez habría superado en 1936 los 100 mil afiliados, en esta tarea de instaurar un orden social cristiano en México, mediante la “acción indirecta”.

Lo que se quería, primero era conquistar las almas, para encauzarlas a una movilización social que, a muy largo plazo, condujera a la conquista del poder. Sería con la movilización social con la que se asegurarían los cambios profundos contra la política religiosa y social del Estado. Esa movilización consistiría en la infiltración, el convencimiento, la agitación pública y clandestina, la penetración, la propaganda de opinión, etcétera, que llevara a constituir un frente opositor de la sociedad regional-nacional, contra la política del gobierno que mancillaba sus intereses. La reforma de la sociedad, por medio de la conspi-

Estado de Jalisco, 1982, pp. 578-579. Este giro táctico recuerda inevitablemente el que se produjo años antes en el movimiento obrero, al pasar de la “acción directa” a la “acción múltiple”. Ver, entre otros, el trabajo de Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México 1910-1929*, México, Era, 1981.

²⁶ Serrano, *op. cit.*, tomo I, p. 139; y Ortoll, “Algunas consideraciones históricas...”, pp. 63 y ss.

²⁷ Serrano, *ibid.*, pp. 148-151.

ración pacífica, daría como resultado que la libertad religiosa se fuera dando gradualmente, por la presión que ello implicaba para las autoridades.²⁸

Esta estrategia pacífica, aunque en un principio fue exitosa, pronto encontró un límite. La inactividad, la “espera prolongada”, empezó a generar desaliento en los militantes, así que finalmente se decidió convertir a la sección cívica (11), asentada en Querétaro y Guanajuato, en una organización pública: la Unión Nacional Sinarquista. Ésta se convertiría en la más importante organización de extrema derecha en el período, una interlocutora real del régimen cardenista y un componente central en la política de “unidad nacional” promovida por el siguiente presidente, Manuel Ávila Camacho.²⁹

La Base legó a la UNS una estructura organizativa, un potencial de masas, y un trabajo preparatorio en la región centro-occidente (el corazón histórico y demográfico del viejo México, enfatiza Meyer), la cual sería el centro de sus operaciones, pero también le heredó dos serios problemas. El primero se derivaba de esta estrategia de acción pacífica, de protesta-movilización social y de acción social inspirada en la *Rerum Novarum*: el movimiento crecería espectacularmente, pero sus dirigentes –secretos y formales– nunca tuvieron una vocación real de poder. Alistaron un ejército –que según las cuidadosas cuentas de De la Vega pudo llegar a los 230 mil militantes hacia 1941–, pero para usarlo como mero grupo de presión. Las masas sinarquistas tendrían que soportar una “espera prolongada” por la toma del poder, que a la postre, con el viraje a la derecha de Ávila Camacho, ya no fue necesaria. Esto es algo que los distingue claramente del fascismo italiano o de la falange española: las espectaculares movilizaciones de las camisas verdes, que llegaron a ser de 10 y hasta 20 y 30 mil manifestantes en una sola ciudad, no tenían más objeto que mostrar su fuerza al Estado, de hacerse notar como enemigo del reformismo y del jacobinismo anticlerical, del comunismo, del imperialismo norteamericano, del judaísmo y de los protestantes, pero sin llegar al uso de la violencia. Meyer le llama la extraña violencia de la no violencia, y reconoce un parecido con la estrategia de Ghandi.³⁰

Esta línea estratégica, tan contrastante con la agresividad verbal de sus líderes y su prensa, derivaba también de su vínculo con la jerarquía. La UNS era la vía de llegada a las masas de la jerarquía, el mediador era la Base. La UNS nunca pudo escapar a esta dirección real y respondió a las necesidades del alto clero moderado, que buscaba llegar a un arreglo, al *modus vivendi* con el Estado mexicano. Por supuesto, esto no siempre fue fácil, ya que conforme creció su base de masas, la dirección visible de la UNS, y en particular su jefe supremo, tuvieron la tentación de actuar con autonomía y radicalizar el movimiento o reorientarlo a la acción política, pero sin poderse sacudir el peso de la autoridad moral religiosa del alto clero. Ese fue el caso, en particular, de Zermeño, quien pactó a espaldas de la Base con Ávila Camacho en 1940 y fue destituido como Jefe Supremo

²⁸ *Ibid*, p. 144.

²⁹ Ortoll, “La oposición de los católicos...”, pp. 580 y ss; Jean Meyer, *El sinarquismo ¿un fascismo mexicano?*, México, Joaquín Mortiz, 1979, pp. 34 y ss.

³⁰ Meyer, *El sinarquismo...*, *op. cit.*, pp. 42 y 49; y Anne Marie de la Vega-Leinert, “El sinarquismo en México: posibilidades de un régimen fascista en 1940”, en *Comercio Exterior*, vol. xxvi, septiembre 1976, p. 1 082.

(agosto de 1940), así como del carismático líder que lo sucedió, Salvador Abascal, quien resultaba demasiado radical y antiyanqui en un momento en que la Base buscaba el apoyo de la Iglesia norteamericana (diciembre de 1941).³¹

A pesar de ello, la UNS resultó un excelente instrumento para explotar los resentimientos generados por los regímenes revolucionarios y por el gobierno de Cárdenas en particular: las deficiencias de la reforma agraria, la burocratización y la corrupción de las entidades crediticias, los renovados cacicazgos locales, los agravios de largos años de anticlericalismo y la escuela socialista, que no fue sino la culminación de este ataque estatal al poder moral de la Iglesia. Por ello se explica que, en efecto, la UNS haya logrado tener una base predominantemente campesina, aun cuando estuvieran sujetos a un mando autoritario, en el que el "poder omnímodo del jefe nacional era algo que ningún miembro de la organización podía cuestionar o desobedecer, pues para ello existía una jerarquía dirigente bien cimentada".³² Así, Manuel Zermeno declaraba en junio de 1939:

Dentro del sinarquismo, que es un movimiento rigurosamente jerarquizado, hay dos grupos igualmente valiosos; el de los directores y el de los dirigidos.



³¹ Serrano, *op. cit.*, tomo I, p. 258; y Meyer, *El sinarquismo...*, *op. cit.* pp. 71-76.

³² Serrano, *ibid.*, p. 192; De la Vega-Leinert, *op. cit.*, pp. 1 089-1 090.

Es una obligación de los primeros la de poner ejemplo de lealtad, de abnegación y de amor a nuestra causa. Además: orientar y mantener la unidad sinarquista. Es un deber de los dirigidos... la disciplina, la confianza, la sinceridad, la fe.³³

Sin embargo, aun cuando la base sinarquista fuera "la masa campesina y el bajo pueblo urbano, el del puesto y el de la tienda", sus dirigentes formales son "los jóvenes abogados, recién salidos de la universidad". Estos, además, tomaron su papel como una especie de cruzada, de misión evangelizadora, que rayaba en el fanatismo. Los miembros de la brigada nacional de propaganda eran una especie de monjes-soldados milenaristas que "se compenetraban de los problemas de los hombres, mostrándoles el sacrificio material y humano que ellos realizaban para atraerlos a una lucha pacífica, llena de expectativas sociales y cotidianas".³⁴

Ese tono místico, que resultaba muy atractivo para los miles de católicos descontentos con el régimen, durante la jefatura de Salvador Abascal (1940-1941) culminó en un estilo y una simbología típicamente fascistas.

"La milicia del espíritu" —escribe Serrano— era una lucha cívica, mística, pacífica, católica y nacionalista que hacía vibrar a las masas sinarquistas. El culto al jefe, a la bandera, la militarización de la acción, la mística del sacrificio y de la sangre, el mito del hombre providencial, los uniformes, el saludo, la condenación de la democracia, representaron símbolos de la potencialidad fascista de Abascal. El lenguaje agresivo, el enfrentamiento al peligro, el sacrificio del 'Führer mexicano', copiados de los fascismos europeos de la época eran una manifestación del autoritarismo abascalista, cuyo estilo logró impregnar la forma en que se manifestaba el movimiento. La personalidad autoritaria, pronazi, obsesiva, fanática, intransigente e intolerante de Abascal se manifestó en el comportamiento de los sinarquistas.³⁵

En el terreno ideológico-programático, la aportación del sinarquismo fue limitada. En grandes líneas siguió dentro de la tradición que hemos expuesto, aunque algunos rasgos fueron acentuados. Proclamaban oponerse tanto al comunismo como al liberalismo, e incluso al fascismo, por ser doctrinas exóticas. Defenderían la propiedad privada ("porque en

³³ Citado en Serrano, *ibid.*, p. 193.

³⁴ *Ibid.*, pp. 238 y 240; Meyer, *El sinarquismo...*, *op. cit.* p. 56. El decálogo sinarquista, reproducido por Meyer, es muy ilustrativo. Sirva de ejemplo la primera norma de conducta. "Odia la vida fácil y cómoda. No tenemos derecho a ella mientras México sea desgraciado. Ama las incomodidades, el peligro y la muerte" (p. 117). Llama la atención el paralelismo con las "Máximas para los revolucionarios mexicanos" que publicaba en junio de 1934 el líder sindicalista Lombardo. Un ejemplo: "17. Mientras no se cumpla tu ideal, vive en inconformidad perpetua y en acción apasionada y permanente; 18. A lo más que puede aspirar un revolucionario verdadero es a que digan de él, cuando haya desaparecido: fue un hombre". Citado en Enrique Krauze, *Caudillos culturales de la revolución mexicana*, México, Siglo Veintiuno editores, 1976, p. 330.

³⁵ Serrano, *op. cit.*, tomo II, p. 32; y la discusión de Meyer, *El sinarquismo...*, pp. 131-133. La investigación reciente ha superado la suposición original de Campbell de que existiera algún vínculo directo con los nazis. Ver, Verena Radkau, "Los nacionalsocialistas en México", en Brígida Von Mentz, *et al.*, *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, tomo II, México, CIESAS, 1988, pp. 143-196; y Ricardo Pérez Montfort, *-Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*, México, FCE, 1992, p. 160—, quien ilustra una cierta relación con la Falange.

ella radica la libertad del hombre”) como base del bien común, y se opondrían a la guerra clasista “porque de ella nace la miseria y el odio que destruye”. Se trataba, según sus ideólogos, de un “movimiento mexicano, hecho por mexicanos”. “El sinarquismo era el *agente predestinado (por la divina providencia)* para rescatar a México de las garras felinas del comunismo, el fascismo y el capitalismo imperialista. El rescate de lo mexicano conduciría a un nuevo orden justo, libre, hispano, equilibrado y armonioso”. En todo caso, también se reclamaban campeones de la unidad, pues la salvación de México requería “la unión permanente de todos sus hijos y sólo establece una división: mexicanos y antimexicanos”. Finalmente, respecto al Estado, es importante destacar que repudiaban tanto al intervencionista (“simple guardián de los egoísmos individuales”), como a “la tiranía de los estados despóticos que, basados en la intervención omnímoda de sus gobiernos, absorben las actividades individuales, esclavizan las voluntades y matan toda iniciativa privada”.³⁶

Queremos –señalaba el punto 16 de sus principios– que México tenga un gobierno justo, fuerte y respetable que consciente de que el servicio del pueblo es la única razón de su poder, encuadre su acción dentro de los límites que fija el bien común del pueblo mexicano.³⁷

Finalmente, esta imagen estatal se complementaba con una organización corporativa-profesional de capital y de trabajo, con una escuela libre y con la conversión de los campesinos ejitarios en dueños de su propia tierra.³⁸ En fin, como resume Meyer:

A su visión de un modo de vida pasado idílico, ‘orgánico’, opone la desintegración de la civilización contemporánea. Adora el tema del apego campesino al suelo, del atavismo, de las raíces; atribuye también al mundo campesino la virtud, la religión, la obediencia: exalta la jerarquía que es ‘calurosa y sirviente’ contra el ‘leadership burocrático’. Todo se expresa en términos vitales: la política = la sangre, la acción = el calor; el ‘movimiento’ es ‘arrogante’.

Esta ideología expresada por grupos no campesinos (los dirigentes superiores son jóvenes de las clases medias provincianas), a propósito de los campesinos, encuentra indiscutiblemente un eco en el campesino, porque proporciona una explicación a su suerte. Las nociones de legitimidad y de propiedad, la importancia de la costumbre y de la religión, la oposición al poder de la riqueza y a la democracia de masas, una concepción concreta de la libertad, todo esto pertenece al mundo campesino, y la UNS ha sabido utilizar este lenguaje.³⁹

Meyer y Serrano concluyen de estos rasgos esenciales que no puede hablarse de una organización realmente fascista. Para uno su carácter social-cristiano y su pacifismo lo alejan, para otro los rasgos fascistas eran una simple “careta para intimidar a sus adversarios” y debe verse como la expresión de las particularidades nacionalistas, católicas e hispanistas de un contexto regional bien preciso, el Bajío. Sin embargo, las semejanzas

³⁶ Serrano, tomo I, pp. 197-199; y Meyer, *El sinarquismo...*, op. cit. pp. 113 y ss.

³⁷ Citado en Serrano, tomo I, p. 200.

³⁸ *Ibid.*, pp. 224-228; Campbell, op. cit., pp. 96 y ss.

³⁹ Meyer, *El sinarquismo...*, op. cit. p. 150.

son mucho más que formales, y una lectura atenta de su hispanismo, por ejemplo, los acerca muchísimo a la Falange Española. Más aún, la prensa de derecha de la época constituía un fuerte vínculo con el exterior; difícilmente podía escapar a la época, a la dimensión internacional del fenómeno. En todo caso, no parece exagerado afirmar que se trata de una combinación peculiar, pero que incluye los grandes componentes del fascismo enunciados arriba.⁴⁰

El problema reside, esencialmente, en su pacifismo y en su carácter prosistémico. Respecto al primero, se ha enfatizado que a pesar de la represión gubernamental (muchas veces local), su respuesta siempre fue la resistencia pasiva, así como la conversión de sus muertos en mártires y banderas de lucha. Sobre el segundo, resalta su voluntad apolítica —a pesar de su programa y su ideología—, su negativa a tomar y formar partido, así como su rechazo a participar como organización en los procesos políticos locales y nacionales. Ambos rasgos, a la larga, habrían de costarle caros al movimiento, porque tanto una parte de su militancia como de sus dirigentes encontraban difícil frenarse en su acción. De hecho, Abascal tuvo que dar como válvula de escape un proyecto milenarista de colonización del desierto bajacaliforniano (boicoteado por sus antagonistas dentro de la UNS), y la Base tuvo que reconocer la necesidad de crear una organización política en 1939: el Partido Acción Nacional. De cualquier modo, a mediados de los cuarenta, la dirección se dividió, y muchos militantes no encontraron ya satisfacción en la “espera prolongada”.⁴¹

Notablemente, la coexistencia de un discurso extremista de derecha con una actitud de reforzamiento del sistema ya se comenzó a notar con Cárdenas, al influjo de la Iglesia. Cuando el presidente decide nacionalizar el petróleo y al mismo tiempo da muestras claras de frenar su proyecto reformista, la agitación sindical y el avance de la educación socialista, tanto la jerarquía, como la misma UNS le otorgan su apoyo. Nada extraño fue, entonces, que se consideraran dignos partícipes de la política de unidad nacional del siguiente presidente: Manuel Ávila Camacho, quien además se había declarado públicamente católico, y era tolerante hacia su acción e incluso ayudaba a la colonia María Auxiliadora fundada por Abascal. En contrapartida, el fortalecimiento de la UNS le sirvió a Ávila Camacho para aislar a los remanentes del cardenismo. Pronto los sinarquistas se fueron quedando sin banderas opositoras y dejaron de tener una razón de ser. Cuando intentaron radicalizarse otra vez, el régimen ya no los necesitaba, de tal modo que le fue retirado el registro a su partido político, Fuerza Popular, a principios de 1949 (lo habían obtenido para las elecciones de 1946). Eso no era sino el punto final de su decadencia, iniciada ya hacia 1944.⁴²

⁴⁰ *Ibid.*, p. 131; Serrano, tomo I, p. 334; Pérez Montfort, *Hispanismo y Falange...*, pp. 31 y ss; Alicia Gojman Goldberg, “La xenofobia en la prensa de derecha en México 1930-1945”, en *Universidad de México*, vol. 42, núm. 434, 1987, pp. 21-28; y Raúl Morodo, *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, pp. 148 y ss.

⁴¹ Meyer, *El sinarquismo...*, *op. cit.* pp. 76 y ss., para la utopía bajacaliforniana; y Serrano, tomo I, pp. 302-303.

⁴² Meyer, *ibid.*, pp. 97 y ss; Serrano, tomo II, pp. 17 y ss; Pérez Montfort, *Hispanismo y Falange...*, *op. cit.* pp. 166-167; y Leonor Ludlow, “La secularización e integración del sinarquismo a la vida política”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, julio-septiembre 1988, pp. 208-211.

Las elecciones de 1940 tal vez habían sido la oportunidad histórica del movimiento, pero en ellas se manifestó, como en muchas otras ocasiones, su voluntad negociadora. A cambio de la promesa de titulación de propiedades agrarias a sus campesinos, decidió no apoyar al candidato derechista Juan Andrew Almazán, lo que equivalió a respaldar a Ávila Camacho en una elecciones sumamente disputadas y fraudulentas. En cambio, el Partido Acción Nacional, como muchas otras organizaciones de derecha, sí apoyaron al candidato opositor, aunque a fin de cuentas fueron derrotados por la máquina electoral del gobierno.⁴³

Movimientos nacionalistas y anticomunistas

En esta revisión, debemos considerar, aunque sea brevemente, otro tipo de organizaciones de extrema derecha, aquéllas que más bien tuvieron un corte nacionalista-racista, y las que se distinguieron por su anticomunismo. Ambas, en todo caso, fuera de la tradición opositora clerical esbozada hasta aquí.

Generalmente se ha reconocido, como hemos señalado arriba, que la revolución mexicana reforzó el nacionalismo mexicano, pero ha resultado más difícil reconocer que éste no sólo fue un nacionalismo defensivo, al menos en algunas regiones del país. En el norte tuvo marcados tintes xenofóbicos y racistas, que fueron utilizados incluso por los dirigentes locales como elementos de identidad, y como vía para canalizar la frustración y el descontento de "una clase media que buscaba una mayor influencia política y económica", pero que veía en los chinos, por ejemplo, una competencia desleal.⁴⁴ En Sonora, durante los años veinte esto alcanzó las dimensiones de una cruzada de salvación nacional, en la que se eligió a los chinos "como objeto de una persecución que funcionó como una válvula de escape a los odios internos exacerbados. Antichinismo y lealtad a la patria se convirtieron en términos equivalentes".

El ideal de contar con una raza homogénea, requisito para empujar al país por el camino de la modernidad, fue herencia liberal que los 'hombres del norte' recogieron e integraron en su proyecto de nación como un elemento que fortaleció el racismo y la xenofobia contra los chinos. Los protagonistas recurrían a viejos prejuicios para descalificar a la inmigración china. Invocaban la recurrente imagen del 'peligro amarillo', se hablaba de un diabólico plan de los chinos para apoderarse de todas las actividades económicas de los trabajadores y del pequeño comercio; además, daban por seguro que el mestizaje con los hombres chinos provocaría la degeneración de la raza mexicana.⁴⁵

Las vías para resolver el problema chino fueron desde una legislación excluyente, en la que se les prohibía vivir en ciertos lugares, la fijación de

⁴³ Ver, además de los textos citados en la nota anterior, Hamilton, *op. cit.*, pp. 239-245; Campbell, pp. 120 y ss; y Ariel José Contreras, *México 1940: industrialización y crisis política. Estado y sociedad civil en las elecciones presidenciales*, México, Siglo Veintiuno editores, 1980, pp. 166-168.

⁴⁴ Ver, Moisés González Navarro, "Xenofobia y xenofilia en la Revolución Mexicana", en *Historia Mexicana*, vol xviii, abril-junio 1969, pp. 569-614; y José J. Gómez Izquierdo, *El movimiento antichino en México (1871-1934)*, México, INAH, 1991, pp. 83-90.

⁴⁵ Gómez Izquierdo, *op. cit.*, pp. 103-104.

un límite de chinos en los poblados, su concentración en barrios (Gobierno de Sonora, 1923, leyes 29 y 31), la prohibición de matrimonios de chinos con mexicanas (incluso de aquellos naturalizados), y la aplicación de multas a chinos que hicieran vida marital con mexicanas. En los años siguientes, desde el gobierno estatal fue común la deportación de distintos grupos de inmigrantes de esa nacionalidad.⁴⁶

Para nuestro propósito importa señalar que esta acción estatal se correspondía con la creación de una multitud de Comités de Salud Pública, "Pro-Raza", o de Comités Nacionalistas Antichinos, quienes en marzo de 1925 celebraban una Convención Antichina en Nogales, Sonora, a la que asistieron no sólo organizaciones sonorenses sino de muchas otras entidades. Estos defensores de la raza, además, recurrieron a la violencia para atemorizar a los comerciantes chinos. En Sonora, por ejemplo,

...crearon sus grupos de choque; especie de 'falanges' antichinas denominadas 'guardias verdes', cuya tarea consistió en apostarse frente a todas las tiendas chinas. Impedían a la población la entrada en ellas y a los chinos ejercer sus negocios. Esto, más las onerosas contribuciones mercantiles y la obligación impuesta a los dueños de fincas de campo y urbanas para que cancelaran sus contratos con comerciantes y agricultores chinos, obligó a éstos a clausurar sus comercios.⁴⁷

La campaña antichina alcanzó una dimensión nacional cuando en la misma Cámara de Diputados, legisladores del Partido Nacional Revolucionario (sobre todo de Sonora y Sinaloa), formaron un *Comité Directivo de la Campaña Antichina de la Cámara de Diputados* en septiembre de 1931, aunque ante todo fue un fenómeno norteno. Su éxito puede medirse por la disminución de la población china en algunas entidades: en Sonora bajó de 3 983 a 92 habitantes entre 1930 y 1940.⁴⁸

En la ciudad de México se fundó en 1930 un pequeño Comité Pro-Raza, integrado por clasemedieros urbanos, que se proponía combatir a las nacionalidades "confundidas y dudosas" (asiáticos, turcos, árabes, lituanos, libaneses, judíos), así como al comunismo. Finalmente fue asimilado por la Confederación de la Clase Media.⁴⁹

De entre las organizaciones anticomunistas del período vale la pena mencionar a la Acción Mexicanista Revolucionaria (los Camisas Doradas), cuya fogosidad y estructura semimilitarizada la hacían muy visible. Su dirigente máximo fue Nicolás Rodríguez, un ex villista aficionado a la rebelión y a la pelea. Participó en la campaña vasconcelista y en el levantamiento escobarista, pero no titubeó en servir de rompehuelgas en el maximato, al frente de un grupo de Camisas Verdes. Esta vocación se realizó plenamente con la creación de las Camisas Doradas, cuya función era apalear comunistas, judíos y todo tipo de supuestos enemigos de Calles; su anticomunismo furibundo hizo que sus baterías se enfocaran a obreros en huelga, sindicalistas y al partido comunista. Pronto menudea-

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 99 y ss.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 140.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 149.

⁴⁹ Ricardo Pérez Montfort, "Por la patria y por la raza. Tres movimientos nacionalistas de clase media", en Brígida Von Mentz, et al., *Los empresarios alemanes...*, pp. 295-297.

ron los enfrentamientos violentos, que el 20 de noviembre de 1935 dejaron un saldo de tres muertos y más de 50 heridos, entre ellos el mismo Rodríguez. A raíz de ese último zafarrancho, el presidente los declara ilegales y expulsa del país a su jefe. Así terminó la efímera vida de una organización que tal vez llegó a contar con unos 3 500 miembros, reclutados dentro del grupo de militares de baja graduación que las reestructuraciones del ejército habían dejado sin empleo. Una suerte de 'clase media' militar que "se había quedado bailando entre los beneficios que la Revolución había otorgado a ciertos militares encumbrados y el favorecimiento al ejército llano que Cárdenas llevaba a cabo como parte de sus reformas".⁵⁰

La agresividad de Rodríguez —enfatisa Pérez Montfort— representa de alguna forma el ánimo contestatario de esa clase media perjudicada. Su formación militar inclina sus llamados al levantamiento armado como única solución frente al 'embate comunista'. Un levantamiento que surge de los ámbitos más irracionales del ser humano. Ahí donde le tocan las fibras de su 'ser hombre' o 'ser macho' que jamás permitirá una humillación o alguna mancha en su honor. Este tipo de llamados también serán una clásica característica de las organizaciones que nos ocupan. Así como sus máximos valores radican en 'la tierra', 'la patria', 'el honor', 'la familia', 'la propiedad'; sus peores insultos estarán llenos de palabras como 'traidor', 'mentira', 'prostitución', 'humillación', 'poco hombre', y desde luego 'comunista'.⁵¹

La última organización de que nos ocuparemos es la Confederación de la Clase Media (creada el 19 de junio de 1936), que compartía los mismos objetivos nacionalistas y anticomunistas. Su militancia era realmente exigua (acaso no más de 40), aunque entusiasta y con algunos recursos. En particular los hermanos Sáenz de Sicilia llevan a cabo una activa propaganda (desplegados y volantes), e intentan coordinar la acción de la gran cantidad de grupúsculos anticomunistas de la época (muchas de membrete). Su objetivo era "simple y sencillamente unificar a toda la clase media mexicana para contrarrestar la actual tendencia comunista y nivelar la actual situación económica y social".⁵²

La CCM nunca tuvo mayor relevancia, y pronto cayó en decadencia, aunque alcanzó a participar, como muchos otros grupos anticomunistas, en la campaña de Almazán, al lado de formaciones de centro y derecha liberal (como el PAN). Su fin llegó con el cambio de vientos que significó la Segunda Guerra. Aunque tanto Cárdenas como Ávila Camacho fueron muy tolerantes con las actividades nazi y falangista en México, la creciente presión norteamericana y la declaración de guerra contra las potencias del eje los obligaron a prohibir su acción, así como a la disolución de los muchos grupos anticomunistas autóctonos.⁵³ En todo caso, ya habían cumplido su papel, presionando a los regímenes revolucionarios hacia la derecha y haciéndoles ver que si bien el radicalismo reformista tenía

⁵⁰ Ricardo Pérez Montfort, "Los Camisas Doradas", en *Secuencia*, núm. 4, enero-abril 1986, pp. 67-68.

⁵¹ Pérez Montfort, "Por la patria y por la raza...", *op. cit.* p. 293.

⁵² *Ibid.*, p. 300.

⁵³ Ver Radkau, *op. cit.*; y Pérez Montfort, *Hispanismo y Falange...*, *op. cit.* pp. 167-170.

partidarios, otros sectores sociales estaban siendo afectados. El Estado posrevolucionario, a fin de cuentas, podía incluir muchos elementos de ambos polos, si bien demagógicamente; la ideología de la revolución mexicana probó, con el tiempo, que podía funcionar como una religión, pero laxa e inclusiva.⁵⁴

Bibliografía

- Abramson, Pierre Luc, "La cristiada: historia y hagiografía", en *Nexos*, vol. 2, septiembre 1979, pp. 29-36.
- Bailey, David C., *¡Viva Cristo Rey! The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico*, Austin, University of Texas Press, 1974.
- Barraza, Leticia e Ilán Bizberg, "El Partido Acción Nacional y el régimen político mexicano", en *Foro Internacional*, vol. xxxi, enero-marzo 1991, pp. 418-445.
- Blancarte, Roberto, *Historia de la Iglesia católica en México*, México, FCE -El Colegio Mexiquense, 1992.
- Cárdenas, Nicolás, *La reconstrucción del Estado mexicano. Los años sonorenses (1920-1935)*, México, UAM-X, 1992.
- , *Una experiencia obrera radical. Los mineros de Jalisco (1920-1930)*, México, UAM-Xochimilco, 1993.
- Ceballos Ramírez, Manuel, "El sindicalismo católico en México, 1919-1931", en *Historia Mexicana*, vol. xxxv, abril-junio 1986, pp. 621-673.
- , "Rerum Novarum en México: cuarenta años entre la conciliación y la intransigencia (1891-1931)", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. xlix, julio-septiembre 1987, pp. 151-170.
- , *El catolicismo social: un tercero en discordia. Rerum Novarum, la "cuestión social" y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*, México, El Colegio de México, 1991.
- Contreras, Ariel José, *México 1940: industrialización y crisis política. Estado y sociedad civil en las elecciones presidenciales*, México, Siglo Veintiuno editores, 1980.
- Gojman Goldberg, Alicia, "La xenofobia en la prensa de derecha en México 1930-1945", en *Universidad de México*, vol. 42, núm. 434, 1987, pp. 21-28.
- Gómez Izquierdo, José Jorge, *El movimiento antichino en México (1871-1934)*, México, INAH, 1991.
- González Navarro, Moisés, "Xenofobia y Xenofilia en la Revolución Mexicana", en *Historia Mexicana*, vol. xviii, abril-junio 1969, pp. 569-614.
- Guerra, François-Xavier, *México. Del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 tomos, México, FCE, 1988.
- Hamilton, Nora, *México: los límites de la autonomía del Estado*, México, Era, 1983.
- Krauze, Enrique, *Caras de la historia*, México, Joaquín Mortiz, 1983.
- , *Caudillos culturales en la revolución mexicana*, México, Siglo Veintiuno editores, 1976.
- Ludlow, Leonor, "La secularización e integración del sinarquismo a la vida política", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, julio-septiembre 1988, pp. 201-216.
- , "Estado e Iglesia en el régimen cardenista: definición de la convivencia", en *Estudios Políticos*, Nueva Época, vol. 6, enero-junio 1987, pp. 40-52.
- Meyer, Jean, *El sinarquismo ¿un fascismo mexicano?*, México, Joaquín Mortiz, 1979.
- , *La cristiada. 1 La guerra de los cristeros*, México, Siglo Veintiuno editores, 1973.

⁵⁴ Ver Ricardo Pérez Montfort, "El discurso nacionalista en México", en Brígida Von Mentz, *Los empresarios alemanes...*, p. 347.

- , *La cristiada. 2 El conflicto entre la Iglesia y el Estado 1926-1929*, México, Siglo Veintiuno editores, 6a. ed., corregida, 1980.
- , *La cristiada. 3 Los cristeros*, México, Siglo Veintiuno editores, 4a. ed., corregida, 1979.
- Michaels, Albert L., "The modification of the anticlericalism nationalism of the mexican revolution by general Lázaro Cárdenas and its relationship to the Church-State detente in Mexico", en *The Americas*, vol. xxvi, julio 1969, pp. 35-53.
- , "El nacionalismo conservador mexicano. Desde la revolución hasta 1940", en *Historia Mexicana*, vol. xvi, 1967, pp. 213-238.
- Morodo, Raúl, *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- Ortoll, Servando, "Algunas reflexiones históricas a raíz de la publicación del libro de Manuel Romo de Alba *El gobernador de las estrellas*", en *Encuentro*, vol. 3, núm. 3, abril-junio 1986, pp. 57-76.
- , "Faccionarismo episcopal en México y revolución cristera", en Martín de la Rosa y Charles A. Reilly (coords.), *Religión y política en México*, México, Siglo Veintiuno editores, 1985, pp. 27-41.
- , "La oposición de los católicos radicales", en José María Muriá (coord.), *Historia de Jalisco*, tomo IV, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, 1982, pp. 570-588.
- , "Los orígenes sociales del sinarquismo en Jalisco (1929-1939)", en Roderic Ai Camp, Charles Hale y Josefina Z. Vázquez (eds.), *Los intelectuales y el poder en México*, México, El Colegio de México-University of California y Los Angeles, 1991.
- Pérez Montfort, Ricardo, "Cárdenas y la oposición secular", en Brígida Von Metz, Verena Radkau, et al., *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, tomo II, México, CIESAS, 1988, pp. 251-278.
- , "El discurso nacionalista en México", en Brígida Von Metz, Verena Radkau, et al., *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, tomo II, México, CIESAS, 1988, pp. 311-350.
- , "La quinta columna y el buen vecino", en *Anuario de Historia*, año xi, 1983, México, Facultad de Filosofía y Letras UNAM, año xi, 1983, pp. 115-129.
- , "Por la patria y por la raza. Tres movimientos nacionalistas de clase media", en Brígida Von Mentz, Verena Radkau, et al., *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, tomo II, México, CIESAS, 1988, pp. 279-308.
- , *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*, México, FCE, 1992.
- Radkau, Verena, "El Tercer Reich y México", en Brígida Von Mentz, Verena Radkau, et al., *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, tomo II, México, CIESAS, 1988, pp. 69-142.
- , "Los nacionalsocialistas en México", en Brígida Von Mentz, Verena Radkau, et al., *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, tomo II, México, CIESAS, 1988, pp. 143-196.
- Rodríguez Lapuente, Manuel, "El sinarquismo y Acción Nacional: las afinidades conflictivas", en *Foro Internacional*, vol. xxix, enero-marzo 1989, pp. 440-458.
- Romero, Laura, "El movimiento fascista en Guadalajara", en Jaime Tamayo (coord.), *Perspectivas de los movimientos sociales en la región centro-occidente*, México, Línea-U de G-UNAM, 1986, pp. 287-322.
- Serrano Álvarez, Pablo, *La batalla del espíritu. El movimiento sinarquista en el Bajío (1932-1951)*, 2 tomos, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.
- Skirius, John, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo Veintiuno editores, 2a. ed., corregida, 1982.
- Tamayo, Jaime, "Intransigencia ideológica y colaboración de clases. El sindicalismo católico", en *Estudios Políticos*, Nueva Época, vol. 6, enero-junio 1987, pp. 5-13.
- Vega-Leinert, Anne Marie de la, "El sinarquismo en México: posibilidades de un régimen fascista en 1940", en *Comercio Exterior*, vol. xxvi, septiembre 1976, pp. 1 076-1 096.